



La casa: rumores de un poder cristalizado

Humberto Chávez y María Inés García Canal*

Esta exposición es la introducción a una investigación sobre los espacios privados. Hemos escogido 25 imágenes para mostrar las líneas en que se desarrolla el proyecto.

Intentamos detectar casas habitadas donde se continúe conviviendo con ambientaciones que pertenecen a épocas pasadas como herencia familiar. Buscamos esas casas fantásticas

* Fotografías de Humberto Chávez (fotógrafo), Centro Nacional de Información, Documentación e Investigación en Artes Plásticas, INBA; Textos de María Inés García Canal, Departamento de Política y Cultura, UAM Xochimilco.

que todavía existen y donde perviven rumores de otros tiempos. Casas de grupos medios urbanos que encontraron su concreción en nuestros países, a principios de este siglo. Es en ellas que enfocamos nuestra mirada, ya que esta clase de casa implica un tipo de vida: la familiar. Es el hábitat con sala, comedor, cocina, baño, alcobas de los padres y de los hijos. Este grupo social se convirtió en bastión de una manera de vivir, gestó una concepción de matrimonio, de pareja y madre, una idea de paternidad. Casas y tipos de familia que comienzan a desaparecer.

Buscamos retener en la imagen los rumores de una forma de vida que se esfuma y la manera como continúa conviviendo con nuevos valores y concepciones.

Imagen-texto

El texto no busca explicar la imagen. La imagen no pretende ilustrar el texto. Palabras e imágenes se entretejen provocando una textualidad circular, donde la imagen emite su voz y la palabra presta su mirada.

¿Obviedad? Sin duda. Intento de rescatar el sentido de aquello que por hallarse *tan naturalmente* incrustado en nuestra mirada no es percibido. Invitación a mirar una vez más lo que se "impone naturalmente a nuestro espíritu", desplazando la mirada, enfocando los espacios y los objetos *frontalmente*, con el fin de que la obviedad pueda emitir *su verdad*

Cristalizaciones del poder

La casa es un espacio *lleno*: sujetos que lo habitan, viven y recrean y que son, a su vez, habitados, vividos y recreados por él. Es un espacio *cerrado* con límites y fronteras; posee un *tiempo* que le es propio, en el que conviven en un presente singular, los recuerdos del pasado y las expectativas y deseos de un futuro. Este espacio se halla también atravesado por *relaciones de poder*, una forma de funcionamiento con mandatos, una manera de ejercer la autoridad paternal y una forma de resistir y engañar esa autoridad por parte de los hijos. Estos elementos imponen, a la casa y familia que la habita, un ritmo propio y peculiar.

Estas casas, y el tipo de vida y forma de ser que exigen, se encuentran hoy rozando su muerte. En su momento de esplendor funcionaban bajo el signo de lo normal y natural y, **por** tanto, el ejercicio del poder no era visible, ya que constituía los cuerpos, gestos, pensamientos y deseos de quienes la habitaban.

Esa antigua forma, al perder hoy su vigencia social, se resiste a morir, busca rincones,

altares; objetos en los cuales se incrusta y cristaliza, se hace visible. Sus fantasmas encuentran materias en las cuales habitar y desde ese vacío actúan, exigen, demandan.

La forma pasada más que subsistir, *insiste* impertinentemente en el presente, que se encuentra poblado melancólicamente de fantasmas.

Objetos cargados de afectos, de historia, de memoria... el viejo reloj de la sala que detuvo el tiempo; la bisabuela que contempla, inmóvil y calladamente desde su óleo, el devenir de la familia; el rostro adusto y la mirada severa del padre ausente; la muñeca de porcelana que duerme en la vieja cama de la adolescente inexistente...

Todos ellos se convierten en núcleos cristalizados de un antiguo poder desfalleciente. Susurro de un sordo rumor.

La casa

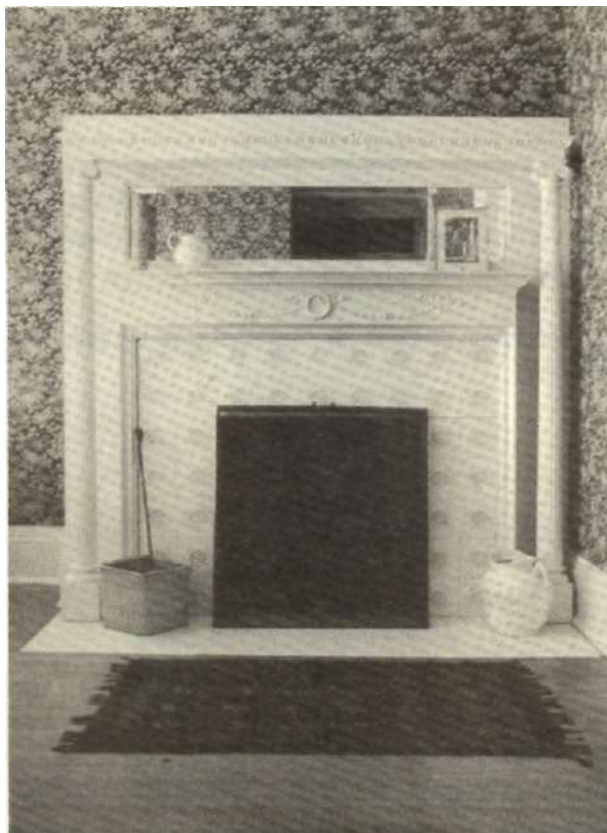
No hay una cosa
que no sea una letra silenciosa
de la eterna escritura indescifrable
cuyo libro es el tiempo.
Borges.

Espacio del *adentro*, lugar de la escena familiar. La casa es mucho más que los muros; desbordante de elementos significantes, nos habla a través del estilo de sus muebles, de la ubicación de los objetos, de sus colores y texturas, de sus luces y sus sombras.

Poblada de fantasmas guarda y atesora recuerdos; exterioriza paradójicamente lo íntimo, objetiviza lo privado, devela los secretos... Santuario de la familia, templo de la privacidad. Los actos repetidos toman la fuerza del rito, el diálogo cotidiano se vuelve oración y letanía.

Dioses y demonios la habitan: los *lares* enseñorean en el espacio, ocupan baños, salas y cocinas. Los *penates* viajan por el tiempo, pertenecen a la familia como herencia que se trasmite de padres a hijos, se instalan en ciertos objetos que resumen la historia familiar. Están allí, en el reloj de la sala; en el costurero ajado de la abuela, que guarda aún sus ensueños; en el libro polvoriento, herencia obligada del primogénito.

Los altares invaden la casa; lares y penates exigen ritos y ceremonias.



Los ritos de la ausencia

Quien se aleja
de su casa ya ha vuelto.
Borges.

La casa es un territorio con límites y fronteras, el encierro de lo íntimo, la prisión de lo privado.

La entrada y su puerta marca el límite de este claustro primero, nuestro primer *centro del mundo*. Puerta cerrada, con llaves y cerrojos, que impide toda invasión... Invasión de otros cuerpos... de otros olores... de toda otredad.

La puerta define al *nosotros* del riesgo de disolución, protege del contacto con el afuera, impide los contagios destructores.

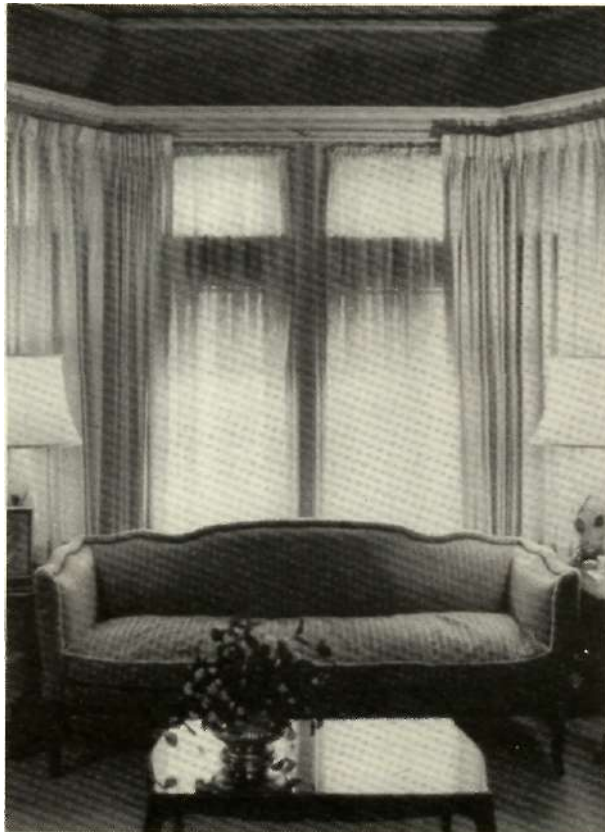
Lo desconocido, lo extraño, queda del otro lado de la puerta, es el *afuera*: a él los peligros, las larvas, los demonios... a él, el caos y la noche. De este lado, el *adentro*, zona segura, terreno de lo conocido, del rito, de las ceremonias. Ese adentro que otorga al sujeto su nombre, su identidad y su pertenencia a un mundo de afecto y afecciones.





La sala, tierra de nadie, espacio frío, poco vivido, intermediario entre el adentro y el afuera. Lugar donde se representan y expresan los valores e ideales de la familia, tanto logrados como sólo deseados. Sitio donde la familia se expone, se muestra al visitante. Lugar de las sillas y sillones, de la plática formal, de la cortesía, de los discursos ampulosos, de la afirmación desmedida del yo familiar.

La sala se puebla de altares y en ellos se inscribe el rito de la ausencia, de las faltas a desmentir, de los deseos no cumplidos. Cada grupo familiar instauro el propio; altar que mantiene la memoria constante de los que ya partieron negando la muerte. Altar al tiempo perdido, queriendo detener su transcurso melancólico. Altar a los objetos prestigiosos que evidencian "eso" que la familia no supo lograr.





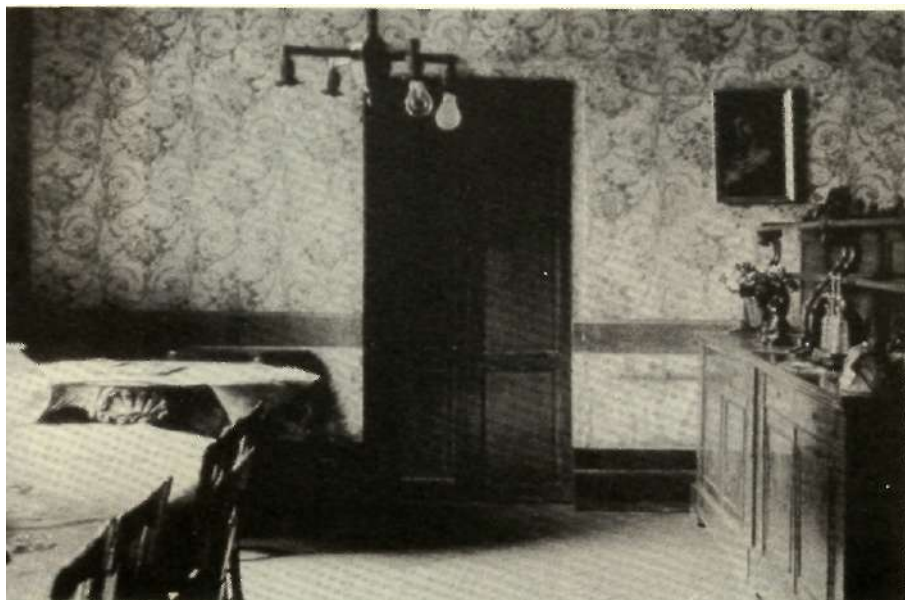
Los ritos del alimento

Quien sabe... los sacerdotes... Eso también formaba parte del rito... A decir verdad, poco se sabe... Eran ceremonias secretas... Sí, comida ritual... El sacerdote asumía funciones de dios... la víctima, alimento divino.
Ítalo Calvino.

Al entrar al *comedora* la hora de la comida, nos hallamos frente a una ceremonia ritual. El padre a la cabecera de la mesa, acomodado en su gran silla transformada en su trono y atalaya.

La madre afanosa distribuye el alimento, selecciona las porciones y, sin duda, alguien será bendecido con el trozo más grande, con el mejor horneado. Miradas de soslayo hacia aquél que preside la ceremonia, para asegurarse que no ha registrado este pequeño acto de preferencia y desorden.

Murmullos, risas ahogadas, miradas cómplices, golpes sordos bajo la mesa. Una voz severa se alza, invade el espacio; un diálogo escueto y esperado se abre, cerrándose casi de inmediato. Y nuevamente la voz se alza atemorizante.





Pasa el tiempo... volvemos a la escena muchos años después; el ritual continúa, han cambiado sus protagonistas pero el mismo diálogo se escucha, las mismas risas, los mismos golpes... Padre y madre han desaparecido, los hijos han partido, uno de ellos se instaló en el puesto central y fue sustituido por su propia prole.

Los personajes se renuevan, el rito continúa, persevera. El tiempo parece detenerse; los cambios son mínimos e imperceptibles, la aparición de un nuevo personaje en la escena, logra prontamente su acomodo y su lugar.

La comida adquiere el signo de una gracia, de un don. Regalo que el hijo recibe día tras día y que inscribe en sí mismo como una deuda contraída para siempre. Es gracias a este ritual que se permanece vivo.

El comedor enseña a gustar y degustar. Olores y sabores se conjuntan marcando las preferencias y rechazos que se mantendrán en el futuro... ansiedad indomitable ante ese olor que desata el deseo... platillo ante el que sólo se puede ser voraz.



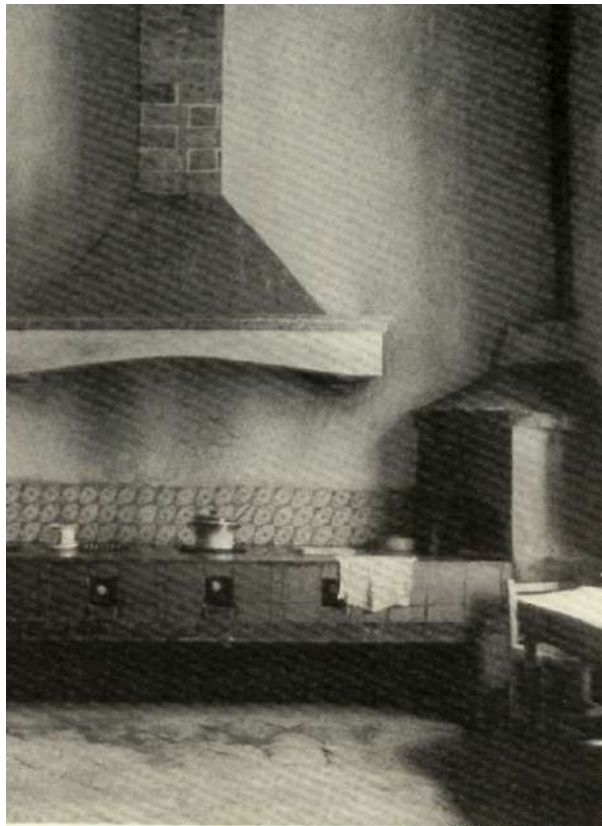


El comedor es también el lugar de la palabra paterna que hace sentir su voz, ordenando, exigiendo. Voz que expresa ideales y normas, que fija prohibiciones y sanciona castigo.

Hoy el comedor se ha vaciado. El fantasma paterno lo ronda y su voz continúa haciéndose oír desde esa silla, ahora sin dueño.

un amor que podía haber sido, a los ojos
del mundo y de ellos mismos,
perfectamente casto y al mismo tiempo de
una carnalidad sin límites, en esa
experiencia de los sabores que
alcanzaban mediante una complicidad
secreta y sutil.
Italo Calvino.

La cocina es el lugar del amor materno, del rito del don y de la entrega. Territorio de la madre que le pertenece por derecho y por herencia, ese que nadie osará disputarle y que defenderá con celo. La cocina es su zona privada, su santuario, su gruta... Extensión de sí misma que le recuerda que aún y por siempre seguirá amamantando a sus hijos.





Todo la conducirá a este espacio donde reinará entre el refrigerador y el horno, entre esos altares invernales y monolíticos plenos de delicias y esa matriz hirviente, capaz de transformar lo crudo en cocido, lo por hacer en hecho, el deseo en su cumplimiento. La madre en la cocina, despliega sus ritos mágicos que insinúan su capacidad todopoderosa de llenar, con alimento, la falta.

Espacio de creación pleno de fantasías placenteras y aterradoras: leche y miel como acto de amor; veneno cuando se desata su ira.



Formados en este espacio, los hombres confunden amor con alimentación y las mujeres encuentran como forma casi única de entregar amor, el dar alimento, y el darse a sí mismas en este acto. He aquí el ritual de la entrega.

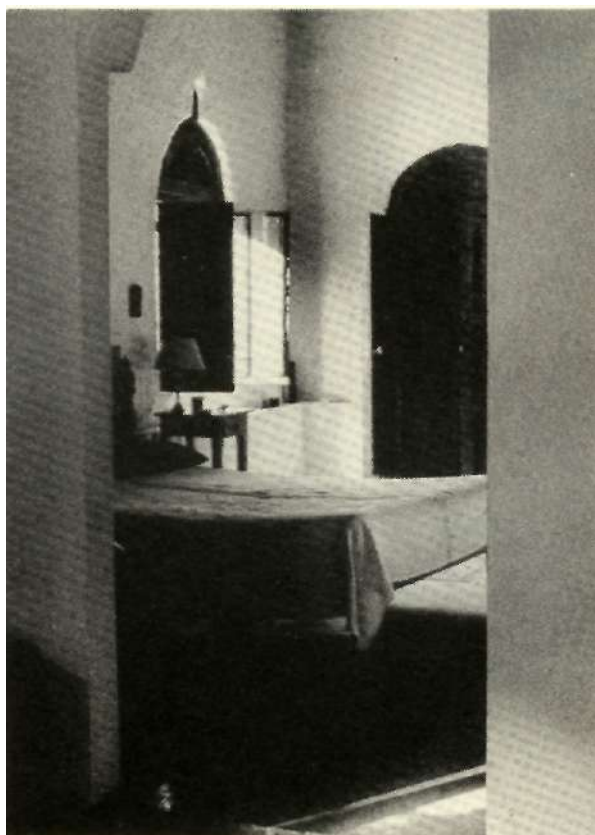


El ritual de los sueños

La noche es por esencia
el tiempo de la anarquía.
Tournier.

La noche nos conduce al sueño y transforma la *alcoba* en una caja mágica, en una máquina de soñar.

La noche es permisiva, envolvente, tiempo de la soledad y de la escucha atenta de los silencios que pueblan la casa. Momento del reconocimiento de las sombras, del diálogo con ellas, de la eclosión de la fantasía. Entregados al sueño y a la noche cumplimos los deseos, todos los deseos.





En el sueño no hay ley, no hay Interdictos ni prohibiciones, no hay castigos ni culpas. En el sueño aparecen todos los personajes que nos constituyen, nos vestimos con todas las máscaras; en él abandonamos la pretensión de ser uno y el mismo y de mantenernos de pie. Una multiplicidad nos habita y el alma sin cuerpo, juega.

Al soñar somos impunemente muchos, pecamos sin remordimientos y narramos sin represión nuestro deseo. Al despertar volvemos a ser uno y el mismo, a ser culpables, merecedores de castigo.

Al soñar somos dioses, al despertar hay dios.





Los altares abundan en las alcobas, ciertos sueños se cristalizan en objetos durante la vigilia. La alcoba paterna es toda ella un altar. Su puerta permanece siempre cerrada y cuando se entreabre la mirada se prende a esa fracción visible, como si por esa abertura pudiesen escapar los secretos que guarda en su interior, se pudiesen develar los mitos del origen y dar un carácter confirmatorio a las fantasías.

La *biblioteca* es ella misma también un altar donde se ejercen, bajo otra sacralidad, los ritos del soñar provocados por la palabra impresa que desata la imaginación y exagera los deseos.

Espacio restringido al padre, dueño de un universo de palabras por donde puede desplazarse sin moverse en un viaje pleno en intensidad.

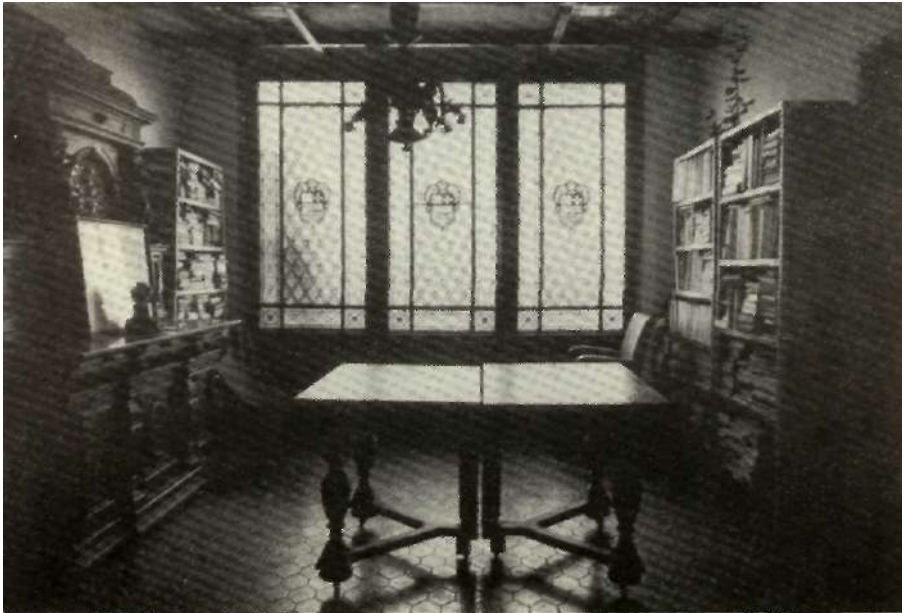




Cada volumen abre a mundos imposibles, a regiones insospechadas, a dudas que hacen tambalear los cimientos del pensamiento. El libro es el lugar de la tentación; la fantasía se instala en la distancia entre la palabra escrita y la luz de la lámpara.

Alcoba y biblioteca son lugares del sueño y también de la pesadilla, sitios donde la identidad se derrumba, las armaduras se quiebran... al dormir somos espectadores de los deseos que nos habitan y al leer nos fusionamos con la letra impresa y por un instante nos olvidamos de nuestro nombre y nuestro yo.

Estos lugares ya no tienen a alguien que en ellos sueñe. Las alcobas se han vaciado, los hijos han partido, sólo quedan los viejos objetos cristalizando antiguos sueños... La biblioteca ofrece sus tesoros para no recibir más que la atención del polvo y el revolotear de las polillas. Sin embargo, se mantiene incólume y desde su soledad insiste.





Los ritos del cuerpo y del abandono

Separación del cuerpo y del espíritu, de la pasión y el pensamiento, de los sentimientos nobles y de las sensaciones bajas... separaciones milenarias que la cultura judeo-cristiana sacraliza y que el *baño* contribuye a reafirmar, al signar al cuerpo como el lugar de inscripción del pecado, la ignominia y la suciedad.

Espacio privado, único lugar al interior de la casa que acepta llaves y cerrojos. El cuerpo no debe ser visto, sus ruidos mitigados y sus olores disimulados tras perfumes y jabones.

Es sin duda un espacio de placeres, todos ellos referidos al cuerpo, pero de placeres solitarios que niegan el roce y la caricia de otros cuerpos. El baño como centro de placer, aun solitario, se llena de luz y de color; luz no compartida, color secreto, jamás relatado, por siempre negado.

Lugar también de la satanización del cuerpo, allí se vuelve opaco, una neutra gama de claroscuros invade este espacio que pretende cercenar el erotismo y mutilar el sentido del olfato por su primitivismo casi bárbaro, ya que nos remite a las sensaciones primigenias, a los primeros placeres de una etapa cercana a la animalidad.

El cuerpo innoble y sucio debe ser constantemente lavado, como forma de disimular su impureza natural. Visto desde aquí, en el baño todo es blanco o negro, el color desaparece.





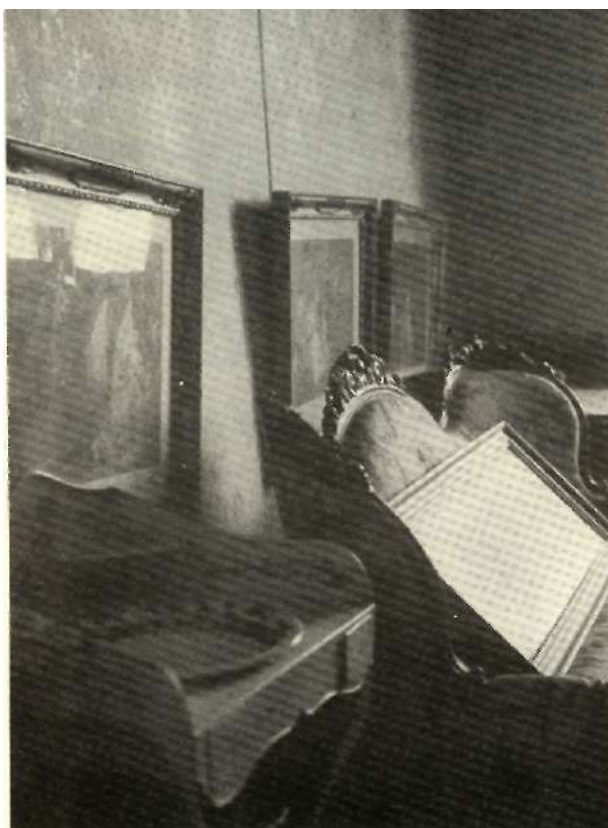
¿Una estética?

Esta casa fue
tu casa
hoy no es más que un invernadero
de recuerdos.
Julieta Osuna.

Los objetos donde se ha cristalizado el antiguo poder se han vuelto escultóricos; sorprendidos en su subsistencia fueron apresados, congelados, detenidos cual una estatua de mármol funerario, eterna por carecer de vida.

Estos objetos congelados provocan una nueva distribución en la casa, generan otra trama y una cierta melancolía tiñe estos espacios.

Una estética diferente, cercana a lo siniestro, los habita; a eso que es el revés de lo conocido, que muestra tras un velo lo que no debe ser mostrado. Se trata entonces del efecto estético de algo que fue familiar y ha llegado a resultar extraño e inhóspito. Una cierta sensación de espanto nos asalta, a pesar de ser muy familiar, ser lo más propiamente familiar.



Efecto producido por el genuino retorno de lo mismo, por la presencia materializada de la ausencia y el vacío. Efecto estético que provoca lo fantástico encarnado.

Los objetos de la casa tienen una historia, ellos mismos construyen cronologías que marcan a su vez el tiempo del habitat. En su primer momento existen, coinciden con el estilo de la época y del grupo social al que la familia pertenece, responden a sus necesidades materiales y simbólicas. Los objetos se distribuyen bajo un orden y armonía y viven en su interior y son vividos por los sujetos sin que quede en ellos su registro. Se vuelven parte de su entorno.

En un segundo momento, esos mismos objetos escapan al sistema de la moda; son ya viejos, demasiado usados... se mantienen porque guardan su función utilitaria, responden a una necesidad. Estos objetos subsisten en la casa y comienzan a hacerse visibles.

Estos objetos, al persistir con su presencia, se van cargando de la historia del espacio y del devenir familiar, y ya más que subsistir insisten, cristalizan una forma de ser ya tambaleante. Esta Insistencia provoca una trama diferente; una cotidianidad, que no es la del pasado cuando existían, ni tampoco se inscribe en las formas de existencia del presente. El pasado insiste en el presente dándole un sello peculiar.

Lentamente esta clase de casa desaparece, este tipo de familia es parte de la historia pasada; sus objetos se deprecian, pierden su vida y su color, desaparece de ellos toda cristalización; subsisten sin orden, sin función, son Innecesarios, Inútiles...

Convertidos en pasado del pasado su destino será la destrucción.